

hacer realidad el sueño de Bolívar.” ¿El sueño de Bolívar? Bolívar dijo un día, en 1825, con una claridad impresionante, más que claridad, clarividencia, como una profecía, dijo: “Los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad.” Esa sí es la visión de Bolívar, la verdadera visión antimperialista de Bolívar (Aplausos).

#### ■ QUE NADIE CREA QUE EL IMPERIO YANKI LE HA PERDIDO INTERÉS A LA AMÉRICA LATINA

Yo no quiero abusar del tiempo, uno se va entusiasmando, entusiasmando y va cabalgando. Yo soy de los que para terminar el discurso me lanzo del caballo (Risas), y es una maña vieja. Mi papá tenía una bicicleta vieja de cuando era maestro allá en el campo, y aprendí a andar en bicicleta ahí, pero era muy alta la bicicleta para mi tamaño, y entonces yo me enfilaba contra el topocho de mi abuela, e iba a gran velocidad: rrrrr, pero yo frenaba agarrándome del topocho y la bicicleta se desmadraba ahí. Topocho es como... Es que no saben lo que es un topocho. El embajador Rogelio sí lo puede decir, que es como un plátano, pues. Topocho es una especie de plátano. ¿Aquí no hay topocho? Podemos exportar topocho para acá, Raúl, en la unión económica que estamos construyendo (Risas). Bueno, plátano macho le llaman aquí, topocho.

Fidel volvió en 1994 y luego en 1999 a nuestra toma de posesión, volvió por quinta vez, y en el 2000 fue su sexta visita a tierra venezolana desde 1948. Vean ustedes, su sexta y última visita del siglo XX, y en esa visita nos fuimos por el Llano, fuimos a mi tierra natal, a Barinas, fuimos por Sabaneta. Recuerdo que yo venía manejando por una carretera y mucha gente a los lados, y nos paramos como cien veces. Yo era el chofer, Fidel estaba ahí de copiloto, y el jefe de la Seguridad de Fidel, José, casi me fractura la clavícula derecha; porque José iba atrás sentado con el ministro Giordani, pero yo iba manejando y saludando, y Fidel también, y, además, recibiendo muchos papeles del pueblo, de la gente de los pueblos del campo, se acercaban al carro en la carretera, uno iba tocando corneta, y José me daba por aquí a cada rato (Señala): “¡Mire para adelante, mire para adelante!” “No, tranquilo, que yo estoy mirando” (Risas), hasta que Fidel le dijo: “José, pero le vas a fracturar el brazo a Chávez, déjalo quieto, que está manejando. Vamos bien, vamos bien.”

Después llegamos a Guanare, capital de Portuguesa. Nunca se me olvida la impresión de Fidel. A mí, por supuesto, me impresionó mucho, pero ya yo estaba acostumbrado a aquel dolor del pueblo, Raúl, sobre todo las mujeres, porque cómo las mujeres —un saludo muy especial a las mujeres cubanas (Aplausos)— llevan la cruz, mucho más que nosotros los hombres. Cristo pudo haber sido Crista. Y entonces, las mujeres, sus niños, la miseria más espantosa había en Venezuela. Y no era nuevo, aquello fue lo que nos llevó a nosotros a la rebelión militar, Raúl; nos llevó a la rebelión militar, cansados, además, de ser utilizados nosotros, los soldados venezolanos, contra el pueblo, contra los trabajadores, contra los estudiantes, contra los campesinos, defendiendo aquella burguesía y aquel imperio. Dijimos: “¡Ya!” Recordamos a Bolívar y tomamos su bandera. Bolívar lo dijo un día: “Maldito sea el soldado que vuelva las armas contra su propio pueblo.” Y, muriendo allá en Santa Marta, echado de su patria, solitario casi, llorando Bolívar lo dijo en su última proclama hablándole a los pueblos de la Gran Colombia y hablándole a los soldados: “Los militares deberán empuñar su espada para defender las garantías del pueblo, las garantías sociales, no para defender la oligarquía.” Eso fue lo que nos llevó a nosotros, aquella miseria espantosa, a hacer lo que hicimos, y jamás nos arrepentiremos de ello. De ahí nació esta Revolución, pues; nació de los estertores de una patria que moría, de un pueblo que no conseguía salida. Una democracia, una llamada democracia, ¡qué democracia ni qué ocho cuartos!, dictadura de las burguesías, dictadura de las clases pudientes, dictadura política, dictadura económica, dictadura cultural, dictadura militar, dictadura de todo tipo, disfrazada muy hábilmente de la demagogia, el populismo y la falsa democracia. Ustedes lo saben, ya ustedes han estudiado cuánto la historia de este continente, solo permítanme esta lluvia de recuerdos, este día de hoy, en que estamos conmemorando los 10 años de aquel convenio, que miraba ya hacia el futuro, terminando el siglo XX, miraba hacia el XXI. Ese convenio de Caracas fue como la piedra fundante, como la piedra fundacional,

pero que luego fue convirtiéndose en una columna de todo lo que hemos venido logrando en estos 10 años, y de lo que vamos a seguir logrando en los 10 que vienen y en los 100 que vienen (Aplausos).

Pues así llegamos a Guanare. Recuerdo que hubo una asamblea con la gobernadora en Guanare, una compañera afrodescendiente, revolucionaria y amiga, Antonia Muñoz, estaba recién electa gobernadora, y fuimos como a un gimnasio cubierto y el pueblo allí, los campesinos, agricultores, es un estado muy agrícola, Portuguesa, y de repente estamos nosotros allí y vino una mujer, una madre venezolana con su niño. Corriendo... Ya yo estaba acostumbrado, que yo peleaba con mi seguridad: “¡Déjenla, no la aparten, no la agarren!”, se lanzaban al vehículo, varias veces se le lanzaban al carro presidencial. Miraflores, bueno, le daban vueltas, así como una gran serpiente humana. Diría Víctor Hugo, los miserables, la miseria, el dolor. Yo en aquellos primeros días o meses, Raúl, no dormía en verdad, menos mal que era bastante joven.

**Raúl Castro.-** Todavía eres joven.  
**Hugo Chávez.-** No dormíamos atendiendo... Mandábamos a hacer comida en la madrugada, y dormían ahí, y quién los iba a sacar de ahí. Llegó Chávez, ¡llegó Chávez aquí!, y Chávez no va a mandar a la policía para acá, y mucho menos el ejército, si lo manda, como lo mandé, es a ayudarlos, a darles la mano a los excluidos de toda la vida, que eran la mitad de la población, y en pobreza extrema casi un cuarto de la población venezolana. De más de 20 millones que éramos, hoy estamos ya llegando a 30; 28 o 29 millones.

El desempleo. Hace poco, bueno, cuando fue el presidente Santos, él ha dicho antier que yo soy su nuevo mejor amigo, digo lo mismo: el presidente Santos es mi nuevo mejor amigo, ¿eh?, mi nuevo mejor amigo (Aplausos). Y es que estamos obligados a entendernos, con las diferencias que tenemos, con respeto mutuo, respetando la soberanía de cada quién, esa es la base fundamental, y así lo hemos asumido, y como él mismo lo dijo, allá en su discurso, en la firma de documentos y ante la prensa y ante el país y nuestros países: “No nos van a descarrilar”, que no nos descarrilen, porque las operaciones de descarrilamiento ya comenzaron. El imperio y sus lacayos no descansarán para tratar de ponernos a pelear, no solo a Venezuela y Colombia, Centroamérica, Suramérica. El imperio yanqui que nadie crea que le ha perdido interés a la América Latina, no, es lo que ellos llaman su área de influencia, y más aún ahora, cuando se reagrupan viejas potencias y nuevas potencias, y el imperio tiene que retroceder en el Oriente Medio, derrotados en Iraq, igual en Afganistán, y la crisis económica. Estamos obligados nosotros a consolidar esta unidad y a seguir avanzando: América Latina, UNASUR, el Caribe, el ALBA, la Alianza Bolivariana, que es punta de lanza de la unidad verdadera, plena y perfecta, entre nuestros pueblos.

Bueno, se me ocurrió acompañar al presidente Santos al Panteón Nacional —allá están los restos de nuestro padre Bolívar, hace poco los exhumamos—, conversamos un rato y luego nos fuimos, también yo manejando. El único que no ha permitido que yo le maneje, lo confieso, en este planeta, se llama Raúl Castro (Risas y aplausos).

**Raúl Castro.-** En Santiago de Cuba, y te vieron saludando y manejando en un yipi descapotado (Risas).

**Hugo Chávez.-** Es verdad.

**Raúl Castro.-** Y desde esa experiencia no acepto más que manejes conmigo.

**Hugo Chávez.-** De esa experiencia no acepta más que maneje con él. No, pero eso fue en yipi militar, ¿eh?

Bueno, nos fuimos con Santos y los dos cancilleres, la canciller Holguín y el canciller Maduro, por Caracas, el centro de Caracas, y nos bajamos frente al Parlamento y recorrimos, y la Canciller me dice: “Pero qué cambiada, qué bonita está Caracas”, porque ella estuvo hace varios años de embajadora. Las calles de Caracas eran intransitables, aquí ustedes deben recordarlo, algunos que han ido por Venezuela hace 8 años o 10 años. Los buhoneros, la economía informal, no se podía caminar por las aceras de las calles del centro de Caracas, y ella se dio cuenta, porque eso era expresión de la tragedia que vivía un pueblo, la desnutrición, la mortalidad infantil, la mortalidad materno-infantil, no había servicios médicos; hasta el sistema de salud llamado público estaba privatizado. Es decir, si tú ibas a un hospital te cobraban para hacerte una radiografía o un examen de cualquier cosa.

La educación estaba privatizada, y si tú ibas a inscribir a un niño a una escuela pública tenías que pagar

por adelantado, si no no permitían que el niño entrara a clase, así estaba Venezuela; y una deuda externa que se tragaba casi la mitad del presupuesto y estábamos regalando el petróleo, a siete. Cuando yo llegué a Miraflores, el petróleo estaba en siete dólares, casi el costo de producción, y Venezuela era punta de lanza de la quinta columna de la OPEP, para quebrar la unidad de la OPEP, producir petróleo en exceso y bajar los precios hasta ese nivel de regalar el petróleo.

Fue así cuando llegó Fidel Castro, Fidel, en esa visita. Aquella mujer se lanzó, Raúl, se lanzó, ella se cayó, ella se cayó, venía corriendo y se cayó, y cayó delante de Fidel, con su niño en brazos. Ella cae, pero al niño no lo deja caer, enfermo el niño, Fidel va y la recoge, y la abraza, y él quedó no solo conmovido, conmocionado, más bien, pudiera yo decir, de ver aquella situación. Y después yo le explicaba.

De ahí volamos en helicóptero a Barquisimeto, recuerdo, y esa noche fue la noche del strike, la noche del tercer strike. Eso todavía... Menos mal que eso hemos decidido sacarlo de las discusiones para no perturbar las relaciones entre Cuba y Venezuela (Risas); pero Fidel quedó ponchado (Risas), quedó ponchado, aun cuando el árbitro venezolano dijo que era bola; pero el narrador cubano dijo: “Ponchao” (Risas), eso está grabado.

Bueno, fuimos a Barquisimeto, fuimos a la universidad. Yo no sé cómo hicimos tantas cosas en tan pocos días, fueron apenas tres o cuatro días, recorrimos media Venezuela: fuimos a universidades, asambleas populares, asambleas campesinas, jugamos pelota, fuimos al campo de Carabobo a un Aló Presidente. Ahí cantó Fidel, cantó; el último verso de la canción *Venezuela*, lo cantó. Le explicamos el campo de batalla. Un joven teniente estaba explicando, y él le preguntaba de todo, lo masacró a preguntas: “Por allá venía Páez...” “¿Y qué velocidad traerían los caballos, teniente?” (Risas.) “Y por allá...” “¿Y cuántos caballos venían, cuántos venían? ¿De dónde eran esos caballos, eran venezolanos o eran importados, eran extranjeros, y dónde fue que murió el negro Primero?” Porque él se sabe todo y va preguntando. El teniente se defendió, muy bueno, se defendió muy bien; y luego recorrimos el campo de Carabobo y el Aló Presidente el domingo, y el lunes fuimos a la Asamblea Nacional. Ese fue el día que Fidel le dijo allí al país: “Chávez no puede ser el alcalde de toda Venezuela”, entre muchas otras cosas.

Habló de la economía, de la situación de América Latina, hizo un análisis profundo de la realidad que vivíamos, con mucho respeto, por supuesto, a la soberanía venezolana, pero dijo respetuosas verdades, que no gustaron, por supuesto, a la burguesía, mucho menos al imperio, pero él no las dijo para que le gustara a la burguesía, y firmamos el convenio en Caracas.

En ese marco ocurrió aquello, y luego el desencadenamiento de la historia.

En el 2001 volvió Fidel por Venezuela, aquel diciembre. Recuerdo que llegó muy feliz, era de noche, llegó a media noche a Margarita, a una cumbre del Caribe. Llegó muy feliz, y yo andaba en guerra allá, porque ese día comenzó una huelga de FEDECAMARA, de los empresarios, era el golpe que comenzaba, 10 de diciembre de 2001. Ese día nos fuimos a la sabana de Barinas, allá donde Ezequiel Zamora derrotó a la burguesía, el 10 de diciembre de 1860, en la guerra federal, y allá en el campo de batalla firmamos, promulgamos la nueva ley de tierras, una de las leyes de más profundo contenido revolucionario, reivindicativo de todo este tiempo nuestro.

De ahí volamos a Margarita a esperar a los primeros ministros y presidentes de los Estados del Caribe. Llegó Fidel a media noche y llegó con una sonrisa de oreja a oreja. Y yo le pregunto: “¿Y de qué tú te ríes tanto?” Me dice: “Estoy feliz, te envidio.” “¿Por qué me envidias?” “Bueno, una huelga patronal. Te envidio, eso lo envidia cualquier revolucionario. ¿Quién no va a envidiar una huelga patronal?” Y esa madrugada hablando y hablando, analizando, prácticamente Fidel me dijo: “Chávez, creo que viene un golpe aquí, creo que deberías prepararte; creo que viene un proceso de desestabilización profunda.”

#### ■ LA NUEVA HISTORIA QUE AMANECÍA

Además, recordemos, estaba llegando Bush a la presidencia, y Venezuela se opuso al ALCA en la cumbre precisamente del 2001. En la cumbre del 2001 allá en Canadá, Cuba, excluida, como sabemos, el único gobierno que se opuso a la propuesta que fue acordada, y quedó la salvedad por allá en unas letras chiquiticas,